

mado entonces *Tatzani*, y despues *Francisco Xaviere* nombre, que le mereció su zelo, como mas adelante se verá.

Passavan ya de cien Personas las reducidas: bastantes, para formar, como se hizo, el primer Pueblo en Peyoran, dandole por Titular à *Santa Rita de Cassia*: la devocion, que el Governador Don Juan de la Torre tenia à esta Santa; y aunque hubo algunas contradicciones, todo lo allanaron las providencias preventivas del Señor Virrey. Acudian todos los dias aquellos fervorosos Jesuítas al sitio, donde se havian rancheado, vestido el semblante de benignidad, y las manos llenas de quanto alcanzavan, y permitia la penuria, en que se hallavan, conociendo quanto importava, que aquellos primeros quedassen por medio de su liberalidad, y cariño aficionados à los Ministros, y à nuestra Santa Ley, no solo para su reduccion, sino para lograr poco à poco la de todos los demás. No faltó para mayor exercicio de la tolerancia de estos zelosos Missioneros, quien olvidado de la benigna agradable mansedumbre, con que Jesus Salvador del Mundo tratava con los pecadores, improbasse la que los de su Compañia usavan con aquellos pobres miserables reducidos. Lo que mas sentian era, que los Padres huviesse procurado, que se les evitasse à aquellos recién convertidos Barbaros, que huviesse de acudir al Pueblo, atendiendo à librar à sus hijos de las vejaciones, que suele executar la ofadía soldadesca, y à impedir los excessos de la militar insolencia. Sufrianlo todo con invencible paciencia, no dexando de ponderar en el Pulpito la falsedad de semejante sentimiento, que ya empezava à traslucirse entre aquellos pobres Neofitos, que no obstante enseñados con amor, y paciencia aprendieron muy en breve la Doctrina Christiana.

Los rebeldes, que se mantenian en la montaña de la Mesa, siendo ya, como publicava la fama, haf-

ta

ta tres mil, estavan resueltos, à que no quedasse Español con vida, aunque les costasse à algunos de ellos el perder la suya, acometiendoles en su Quartel. Y se creia esta despechada resolucion de su numerosa muchedumbre, à vista de la que tuvo uno solo una de aquellas noches; entróse por medio de las Centinelas, que no solo se doblavan, sino que se multiplicavan hasta la tienda, en que dormia el Governador: iba à lo que parece, para quitarle la vida, y lo huviera executado, si al llegar se ázia el lecho, no huviesse despertado aquel buen Cavallero tan à tiempo, que ocupando al Indio la turbacion, le embargó los movimientos; mas acudiendo à sus astucias, se valió de un ardid, para paliar su alevosía: fingió, que venia à aquellas horas con todo aquel recato, porque le enviava el *Tonati* à avisar, que quanto antes tratava de passarse con su Familia à nuestro Real: este tan paliado embuste, se conoció despues con la experiencia de no verse efecto alguno; mas à Don Juan de la Torre se lo hizo tan creíble su buen deseo, que sin dar aviso al que estava de guardia inmediato à la tienda, despachó con la respuesta al Nayar, bolviendo à salir, sin que lo sintieran las Centinelas: tanto como esto velavan.

Dava no poco cuidado tambien el haverse disminuido las fuerzas con la salida de algunos Soldados à conducir ganado por la falta, que havia de alimentos, la que obligó assimismo à que uno de los Padres fuesse à solicitar alguna limosna, para su mantenimiento, y para el de los Indios reducidos. Aguardavase el Capitan D. Luis de Aumada, cuyo valor sirvió mucho à su Magestad en la Conquista, y venia con un buen numero de Soldados, mantenidos à sus gastos: en su lugar llegaron al Real dos Indios, que despachó por la posta con la noticia de haverse imposibilitado su viaje; porque llegado à Tlaqualoyan, quando ivan à recoger los cavallos, para proseguir la jornada, les hallaron casi todos muertos, sin haver

ave-

averiguado hasta ahora la causa de aquella tan impensada, como maliciosa novedad.

En tanto cuidado puso este accidente al Governador, que le obligó à pedir socorro à Zacatécas, y à Xeréz: hallavase en aquella Ciudad entonces con el cargo de Teniente de Corregidor, y con el del gobierno Don Domingo Calera, que tuvo luego su Junta; y aquellos Cavalleros, que componen la Republica, ofrecieron prontos parte de sus caudales, para que con la mayor celeridad, se reclutasse una Compañia, y el Capitán Don Nicolás de Escovedo prometió conducirla, y entrar con treinta Soldados mas, mantenidos à su costa à dar socorro, como lo executó, con tal presteza, que llegó al Nayar un dia antes, que los Xerezanos, que eran veinte, y cinco, que mandava el Capitán Don Nicolás Caldera, cooperando à este refuerzo el Alcalde Mayor de aquella Villa Don Antonio de Beitia.

Luego que los enemigos tuvieron noticia de haver llegado nueva Tropa, ò por haverlo divisado desde la Mesa las Centinelas, que perpetuamente tenian puestas, ò por el aviso, que valiendose de las humaredas, les dió luego uno de los Nayeres, que estaban en Peyotan fingidamente reducido, y ciertamente enviado, à que como otro Sinon, registrasse si pudiesse, hasta los pensamientos de los Nuestrs, entraron en grande cuidado especialmente los Fronterizos coligados, à quienes el temor obligó à restituirse à sus Pueblos. Con esto reconocieron los Barbaros tan debilitadas sus fuerzas, que ya no trataron de assaltar à la Tropa, sino de atender solamente à su defensa: dividieron sus Esquadras, marchando algunas à ocupar un picacho, que compite con la Mesa en su altura, y en su tan agria subida: se creyó, que el motivo sería acercarse à nuestro Real, para espantar à los Españoles, y obligarles à retirarse, ò para impedir, que se internasse mas al centro nue-

tro Campo: despues se supo, que no tuvieron otro, que el haver resuelto matar al *Tonati*, y haver eligido ya, para que le sucediesse en su cargo, à un Indio Viejo, que vivia en aquel picacho, de donde ivan à conducirlo, para darle possession en la Mesa; pero Dios, que conocia el buen corazon del *Tonati*, le guardó la vida con una, que pudo parecer contingencia, y fué especialissima providencia fuya, como veremos presto.

Hallandose el Governador con tan considerable Tropa, juntó Consejo de Guerra, que se vino à reducir à una reñida controversia; porque los Capitanes antiguos juzgavan, que era conveniente aguardar los ordenes del Señor Virrey, antes de tratar de embestir al enemigo, no obligandonos à la defensa: los que de nuevo llegaron con sus Soldados, sintiendo el bolverse, sin haver sacado la espada de la vaina, eran de parecer contrario, alegando, que havindose executado por parte de los Indios, y tan alevosamente el rompimiento, no era guerra ofensiva propriamente el assaltarlos, sino continuar la Victoria; que no era bien darles tiempo à fortificarse, y convocar à los Pueblos, que tenian confederados: por fin se resolvió, que marchasse nuestro Campo, que sacados los que quedaron, para defensa del Quartel, constava de ducientos, y cinquenta Soldados entre Españoles, è Indios amigos; y que se acercasse al picacho, no para abanzar, sino para requerir à los Nayeres; porque aunque aquellos Barbaros no havian dado oídos à los requerimientos del Governador por medio del *Tatzani* se creía, que repitiendoles ahora con las armas en las manos se rendirian facilmente.

Salieron los Nuestrs de Peyotan ya casi al ponerse el Sol, para lograr el beneficio de la noche, para acercarse sin ser sentidos de los enemigos. Y havendo hecho alto en uno de los sirios mas inmediatos al picacho, aunque se guardó el silencio, para no ser

descubiertos, no se pudo evitar, que al moverse nuestro Exercito à la madrugada, no les reparassen las Centinelas enemigas, que dieron luego aviso à los suyos, y levantando un grande alarido, avisaron las nuestras, que de las Esquadras unas se havian asegurado en la cumbre, y otras marchavan ázia la Mesa por barrancos tan llenos de precipicios, que no era possible seguirles, aunque los que lo intentaron, consiguieron apressar dos; y quiso la Divina amorosa paternal providencia, que acertára à ser el uno el Indio Viejo, que estava destinado para summo Sacerdote, y havia de suceder al *Tonati* sentenciado ya à muerte. Acercaronse los Nuestrros quanto permitia la aspereza de la falda, y vieron, que al rayar el Sol, sin dexar de continuar el alarido, movian à una parte, y à otra sus alfanges, para que heridos de la luz, les espantassen sus reflexos, ya que por la distancia no podian acabarles sus filos. Y aunque estavan en sitio, adonde ni podian ofender, ni ser ofendidos, pudieron alcanzar los gritos del Interprete, persuadiendoles, que baxassen à puesto proporcionado, en que podrian sin fusto conferir lo conveniente: hizieronlo tres, ó quatro de los mas atrevidos; y con otros tantos de los Nuestrros subió el Capitán Don Nicolás de Escovedo; pero aunque les requirió, valiendose de todos los medios, que le dictó su gran talento, para que se reduxessen pacificamente, no pudo sacarles otra respuesta, que sus acostumbradas entretenidas, remitiendolo todo à nueva Junta de los Caziques, para tomar la resolución mas conveniente.

Mientras durava la conferencia, no faltó quien propusiesse al Governador, que era buena ocasion, para marchar, dexando algunos Soldados à la vista, con el gruesso del Exercito à la Mesa, que estava ya poco distante, y menos resguardada por la falta de Indios, que la defendiesse; añadiendo, que ya que no se lograsse el ganarla, lo que podia conseguirse

ahor-

ahora con menos peligro, servia de aterrar al enemigo la empreffa valerosa de los Españoles. Viendo, que el comun aprobava este intento, quiso remitirlo su Señoría à la consulta; y aunque los mas fueron de parecer, que se executasse luego la marcha para el abanze, los que eran de contrario dictamen, le pidieron testimonio de su oposicion à idea tan arriesgada: esto fué lo mismo, que introducirle temor, para dexar luego aquel empeño; porque considerando lo dudoso del suceso, no quiso cargar sobre sí su incertidumbre, ni tomar resolución alguna, hasta que, aunque saliesse mal, tuviesse la disculpa de haver obedecido.

Mandó por ultimo, que se retirasse el Campo, como se executó con defazon de muchos, sin haver logrado otro fruto, que aprehender al Viejo; porque el otro su compañero tuvo modo de romper las prisiones, y de arrojarse por uno de aquellos barrancos, sin que nadie lo reparasse, hasta que le buscaron los Españoles. Con todo fué mui apreciable esta pressa, por haver sido medio, de que se valió Dios, para impedirle al *Tonati* la muerte, que disponian darle los Barbaros; pues viendo, que el que havian elegido, para sucederle en el empleo, quedava prisionero, creyeron, que eran disposiciones de su Gran Dios, que quizá improbava la determinacion de quitar la vida al que era su principal Sacerdote, librandole de esta suerte de tan sangrienta barbaridad.

Restituyeronse el mismo dia tres de Deziembre à Peyotan nuestros Militares, unos desabridos, por no haver executado cosa digna de las armas Españolas, que diera à conocer sus brios; y otros como defmayados; porque habiendo observado de mas cerca lo encumbrado de la montaña de la Mesa, lo estrecho de la vereda, para subir, no solo angosta, sino mui inmediata à muchos precipicios, lo pendiente de aquel picacho, que qualquier leve impulso de una piedra

T

10-

rodada de la cumbre havia de ser inevitable despeño à la profundidad del barranco, y lo imposible, à lo que se percebia, de poderse trepar à cavallo, vinieron persuadidos de que era inconquistable aquella Provincia del Gran Nayar.

Mas por otro lado les alentava la confianza, que tenian como tan piadosos Catholicos en Dios, que les havia de franquear la puerta, aunque fuesen necesarias muchas maravillas; confirmandose en esto, por ver que à este tiempo comenzavan (à lo que piadosamente se persuadian) à abrirseles à los Nayeres las del Cielo, entrando la primera al gremio de la Iglesia por la del santo Bautismo la Vieja, que llamavan la *Adivinadora*, que havia aconsejado à aquellos Idolatras, que abrazassen la Ley de Jesu-Christo. Afaltóle una enfermedad, que ella misma conoció, que era mortal: deseosa de salvarse, mandó, que llamasen al Padre Antonio Arias, para que la instruyesse, y bautizasse; porque aunque era hija de Padres Christianos, havian estos muerto en esta Sierra, antes que à ella le huviesse amanecido el uso de la razon, y no sabía, si lo estava, ni havia quien pudiera asegurarselo. Doctrinóla el Padre con gran consuelo de la enferma, que dixo: „O! Quan ciega estava yo, „creyendo hasta ahora las mentiras, que me enseñaron los Nayeritas! Recibió el Bautismo *sub conditione* con gran ternura; y confesándose despues pasado ya algun tiempo, agravandosele mas su dolencia, con muestras de grande arrepentimiento, armada con el Santo Sacramento del Viatico, y con el de la Extrema Uncion murió con gran consuelo suyo, y de todos los presentes. Y para que los Barbaros ya convertidos se aficionáran à las ceremonias de la Iglesia, se le dispuso entierro con la mayor solemnidad posible: asistió el Señor Governador con los Capitanes antiguos, y la mayor parte de los Militares, que cargaron el Cuerpo, al darle Eclesiastica Sepultura.

Los

Los Oficiales del socorro ya se havian retirado con sus Tropas, viendo, que cessava su obligacion, que el Quartel estava con bastante defensa, y que no se tratava de dar passo, hasta que llegassen los Correos de Mexico con los ordenes del Señor Virrey, que vinieron dia ocho de Deziembre con carta para Don Juan de la Torre, en que su Excelencia le llamava à aquella Corte con el especioso pretexto de informarse del estado de esta Provincia, y de que recobrasse en aquella Ciudad su tan quebrantada salud, avisandole al mismo tiempo, que havia substituído en su lugar à Don Juan Flores de San Pedro.

CAPITULO XVII.

ENTRA EL NUEVO GOVERNADOR DON Juan Flores de San Pedro en el Nayar, y aunque procura reducir por via de paz à los Indios, reconoce inflexible su rebeldia.

Luego que el Excelentissimo Señor Virrey tuvo noticia de la traicion alevosa de los Nayeres, y reconoció, que aun havia esperanza de su reduccion por el feliz, y maravilloso triumpho, que conseguiron las armas Catholicas, juntó Consejo de guerra, y de hacienda, en que todos los Señores, que concurren, fueron de parecer, que siendo el accidente, que padecia D. Juan de la Torre, no menos traidor, que los Infieles, dexava expuesta à perderse tan importante empresa; porque aquella tan alevosa enfermedad podia acometerle, quando en la mejor ocasion, por embarazarle las mas convenientes resoluciones, aventurasse tambien los aciertos. Mas quando se passó à discurrir en la eleccion del Sucesor, quedavan todos indecisos; entonces el Señor Licen-

T 2

ciado